



# La enseñanza de la filosofía hoy

## ¿Y para qué filosofar en un tiempo de penuria?

Manuel Oswaldo Ávila Vásquez\*  
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Recepción: 10/06/2010  
Evaluación: 22/09/2010  
Aceptación: 10/10/2010

Artículo resultado de investigación Grupo de Investigación Filosofía, Sociedad y Educación.

### Resumen

El escrito discute sobre la cuestión de si hoy la filosofía se arraiga en los problemas más álgidos de la época en la que nos ha concernido vivir o si, por el contrario, como pensaba Nietzsche, la filosofía escolar nos ha impedido filosofar. Fenómeno nada extraño si se tiene en cuenta que este es un tiempo en el que la enseñanza de la filosofía en el medio universitario se ancla en la vana repetición de la historia de la filosofía, completamente ajena de la realidad de una época problemática como

la nuestra, es decir, al margen de una era, valga aquí la imagen poética, sobre la que se cierne una formidable tempestad. Así las cosas, quien se dedica a la tarea de enseñar filosofía no tiene otro camino que darle la espalda a su propia era o pensar aquí y ahora, en medio de la tempestad, arraigado en un mundo y en una época tan convulsos como los nuestros.

En el aula de clase, quizá, se da el mejor reflejo del tiempo actual, y, a pesar de todos los problemas que en ella se encarnan, tal vez sea el único sitio en el cual se pueda



\*\*Filósofo Universidad Nacional.  
Magíster en filosofía Pontificia Universidad Javeriana.  
Doctorado en Filosofía Pontificia Universidad Javeriana.  
Profesor de planta Escuela de Filosofía y Humanidades Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.  
[manuelavilavasquez@gmail.com](mailto:manuelavilavasquez@gmail.com)

pensar hoy una salida, pues como lo expresó el poeta Friedrich Hölderlin: “ahí donde está el máximo peligro, crece lo que salva”.

**Palabras clave:** Enseñanza, Filosofía, Pensar.

### **Abstract**

This paper discusses the question about whether or not, now days philosophy is implanted in the hottest problems of the time in which we live in, or the opposite, as Nietzsche thought, the school's philosophy has prevented us to think on philosophy. That is not strange if we consider that this is a time in which the philosophy teaching at university level, is anchored in the vain repetition of the philosophy's history, completely

disconnected from our problematic reality of the moment. In other words, at the margin of an era, which in a poetic image, is coming into a frightening storm. Therefore, who ever is dedicated to the task of teaching philosophy, doesn't have any other way that turn his back from his own era, or to think in the middle of the storm, rooted in a world and a time so shocked as ours. Perhaps the classroom is the best reflection of today's situation, spite all the problems that it incarnates, maybe is the only place in which an exit can be thought. In that case, as the poet Hölderlin expressed it: “There where the greatest danger is, it also grows the rescue faculty”.

**Key words:** Education, Philosophy, to Think.

*Efectivamente, nos encontramos en un terreno en el que son tantas las verdades que hay que decir –verdades terribles, tormentosas, imperdonables–, que desde luego no faltará contra nosotros el odio más puro.*  
Friedrich Nietzsche

## 1

Aquí lo que convoca es la enseñanza de la filosofía, es decir, la enseñanza de esa misteriosa dama que, como la naturaleza de la que habla Heráclito, ama el ocultarse. ¡Cuánto seduce en su misterio la esquiva dama! Pero, ¿qué sentido tendría el misterio sin oídos atentos a escucharlo? Por eso se podría decir que lo que aquí nos requiere, en primer lugar, es la enseñanza y, en segunda instancia, el deseo de rendir homenaje al sentido mismo de nuestra razón vital: la filosofía. Y aunque, como escribió Remedios Ávila, “la filosofía tiene hoy poco protagonismo, y su voz apenas se deja oír en el barullo de un tiempo agitado y convulso como el nuestro”, “no significa que no tenga nada que decir: probablemente pocos tiempos como el nuestro han tenido tanta necesidad de ella” (Ávila, 2005: 10).

De ahí que cualquier reflexión que se haga desde el ámbito de la filosofía debe en este momento ser algo más que una simple “voz que clama en el desierto”. Las palabras que aquí se consignan no pretenden ser, por eso, tan solo un homenaje a los hombres y mujeres dedicados a la quijotesca labor de enseñar filosofía, sino un aporte, producto del trasegar diario con esta labor, a la búsqueda de un lugar desde el cual la filosofía pueda decir algo en este problemático y complejo país.

En nuestro contexto no basta con ser un gran erudito, un hombre versado en la

historia filosófica, ésta sólo adquiere un verdadero sentido si se hace una apuesta radical por este mundo y su desciframiento. Pero para esto se requiere ser valiente, ¡sí!, realmente valiente, en un doble sentido: como abanderado de la crítica a una época que ya el poeta Hölderlin no dudó en llamar de penuria, y porque el filósofo debe ser capaz de sumergirse en el ámbito de la enseñanza, en el que, tal como lo anotó Nietzsche, “son tantas las verdades que hay que decir –verdades terribles, tormentosas, imperdonables–, que desde luego no faltará contra nosotros el odio más puro” (2000: 91). Y, sin embargo, a pesar de estar pisando un terreno tan frágil como el de la enseñanza, ¿acaso tiene algún sentido, en palabras del ya citado Nietzsche, el ardiente sol sin aquellos a quienes ilumina o cada una de las especies sin aquel sol?

Para corroborar esta extraña sentencia de Nietzsche, permítaseme echar mano de una pequeña historia. Cuenta una antigua leyenda que un día se acercó un joven a donde se hallaba un viejo maestro, a quien preguntó: “¿maestro, estás dispuesto a enseñarme?”, y el anciano maestro le respondió “¿y tú, estás dispuesto a aprender?”. No hay duda, esta breve historia capta muy bien el sentido de la enseñanza, pues, así como el sol sólo muestra su grandeza al nutrir con sus rayos a vivientes y no vivientes, un maestro revela su verdadero carácter en su trato con sus discípulos, y estos a su vez con el maestro. Solo el que comprenda estas palabras podrá entender el sentido real de la enseñanza, ¿estamos nosotros aquí y ahora dispuestos a enseñar, estamos nosotros aquí y ahora dispuestos a aprender? Cualquiera que sea la respuesta que se dé a esta pregunta, resulta claro que enseñar y aprender son las dos



*Aquí lo que convoca es la enseñanza de la filosofía, es decir, la enseñanza de esa misteriosa dama que, como la naturaleza de la que habla Heráclito, ama el ocultarse. ¡Cuánto seduce en su misterio la esquiva dama! Pero, ¿qué sentido tendría el misterio sin oídos atentos a escucharlo?*

caras de eso que los seres humanos hemos dado en llamar, acertadamente, educación. Es decir, el lugar por excelencia de la formación y todo su complicado universo: encuentros y desencuentros, disensos y consensos, triunfos y fracasos, abandonos y perseverancias, miedos y osadías, dudas y certezas, alegrías y tristezas y, por qué no decirlo, amores y odios. Para la muestra un botón: ¿quién no ha “venerado” y, al mismo tiempo, ha “odiado” alguno de sus maestros?

A propósito, en este momento viene a mi memoria justamente la imagen de una de esas personas que impregnó mi espíritu de amor por la filosofía, y su imagen ha venido a mi memoria porque aquel maestro no solo era un profundo conocedor de la filosofía, sino, además, uno de los hombres más dispuestos a pensar los problemas más álgidos de la sociedad a partir de ésta. Quienes fuimos sus discípulos aún tenemos grabada en la mente la pasión con la que dictaba cada una de sus clases; era como si al oírlo en las aulas penetrara el alma de la libertad, sí, de la libertad, esa misma que entusiasmó a la joven generación que al despuntar el agitado siglo XIX leía apasionadamente a Kant, su gran maestro. Y si bien es cierto en aquel instante nos inscribíamos en un contexto muy diferente al que vivieron estos jóvenes, a la postre, actores principales del Idealismo alemán, bien habíamos podido suscribir las palabras que uno de ellos, G. W. F. Hegel, dirigiera a su precoz compañero Friedrich Schelling, al recordar la pasión que suscitaba en su otro amigo, el poeta Hölderlin, la figura del gran Fichte: “Va a clase de Fichte y habla de él con entusiasmo como de un titán que lucha por la humanidad y cuyo ámbito de acción ciertamente no se quedará en las cuatro paredes del auditorio” (1978:56).

Y habíamos podido concordar con cada una de estas palabras porque comprendíamos efectivamente que quien se dedique a enseñar la filosofía debe ser lo suficientemente osado para desbordar las cuatro paredes del auditorio en el que imparte su enseñanza; en este sentido, ser capaz de confrontarse con su propio tiempo.

Esto significa, sencillamente, que todo aquel al que le sea dado enseñar debe ser valiente, no solo para soportar las más diversas pasiones de aquellos que fugazmente escuchan sus palabras, palabras que en muchos casos se resisten a atender, sino porque todo aquel que se dedique a la ardua labor de enseñar filosofía debe ser lo suficientemente sensible, como se ha dicho, para hacer brotar del disonante instrumento de su época las más bellas melodías. Permítaseme una digresión poética, ser como el célebre príncipe Piewoh interpretando la mágica arpa de Lungmen, cuya leyenda recuerda el crítico de arte japonés del siglo XIX Okakura Kakuzo en estos términos:

¿No has oído el cuento taoísta de la Doma del Arpa? Érase una vez, en la cañada de Lungmen, un árbol de Kiri, un verdadero rey del bosque. Alzaba su cabeza para hablar con las estrellas, y sus raíces se hincaban profundamente en la tierra, mezclando sus espirales bronceadas con las del plateado dragón que duerme más abajo. Y sucedió que un poderoso mago hizo de este árbol un arpa maravillosa, cuyo espíritu terco tan sólo podía ser domado por músicos excelsos. Por mucho tiempo guardó el instrumento el Emperador de China, pero fueron vanos todos los esfuerzos de los que trataban de

arrancar melodías de sus cuerdas. Como respuesta a sus grandes esfuerzos sólo salían del arpa notas llenas de desdén, en desacuerdo con las canciones que ellos cantaban. El arpa rehusaba reconocer un amo.

Al fin vino Piewoh, el príncipe de los artistas. Con manos tiernas acarició el arpa tal como uno haría para calmar a un caballo indómito, y muy suavemente tocó las cuerdas. Cantó la naturaleza y las estaciones, las altas montañas y las aguas que corren, ¡y todas las memorias del árbol despertaron! Una vez más el aliento dulce de la primavera jugueteó entre su ramaje. Las cataratas jóvenes, al danzar por los barrancos, se reían de las flores en capullo. [...] Luego Piewoh cambió de modo y cantó al amor. El bosque se cimbreaba como un ardiente enamorado profundamente perdido en sus pensamientos. [...] De nuevo cambió el modo, Piewoh cantó la guerra, el fragor de aceros y los corceles en carretera. Y en el arpa se alzó la tempestad de Lungmen, el dragón cabalgaba sobre el rayo y una avalancha de truenos rompía entre las colinas. En éxtasis, el monarca Celestial preguntó a Piewoh cuál era el secreto de su victoria. -Señor -le respondió-, los otros fracasaron porque cantaban para sí. Yo dejé que el arpa escogiese su tema, y no supe con certeza si el arpa era Piewoh o Piewoh el arpa (Racionero, 2002: 245).

Como se ve, un verdadero maestro debe ser capaz de cantar en diferentes tonalidades, matices, armonías y colores, a la guerra y la paz, al día y a la noche, a la primavera y al otoño, a la serenidad y el horror, a la vida y a la muerte. No debe resultar extraño, por eso, que el objetivo de la enseñanza de la filosofía, al menos en

nuestro medio, sea pensar las antagónicas y complejas problemáticas del país en el cual nos correspondió vivir. Pensar un país en una época en la que se ha tenido que subsistir en medio de la tempestad. Esta, debe ser justamente la labor de cualquier persona que se dedique, aquí y ahora, a la difícil tarea de enseñar filosofía, a saber, *pensar en medio de la tempestad*, pues “cuando en la profunda noche de invierno una bronca tormenta de nieve brama sacudiéndose en torno al albergue y oscurece y oculta todo, entonces es la hora propicia de la filosofía” (Heidegger, 1963: 473).

En otras palabras, quien se dedique a enseñar filosofía debe ser capaz, como el legendario Piewoh, de interpretar tempestuosas melodías. Es decir, no sólo debe ser capaz de cantar al amor, además debe ser capaz de mostrar el amargo semblante de “la guerra, el fragor de los aceros y los corceles en carrera”. Cualquier espíritu empeñado en dedicarse a la enseñanza de la filosofía debe hacer suya la tremenda sentencia de Friedrich Nietzsche: “la filosofía debe partir, no ya de la maravilla, sino del horror. Y quien no esté en condiciones de provocar horror hay que rogarle que deje en paz las cuestiones pedagógicas” (2000: 61).

Y no es para menos. La realidad suele desbordar los discursos. ¿Cómo se va a intentar conmover a unos jóvenes a los cuales todo, al parecer, les da lo mismo? Pero, ¿la filosofía en nuestros días ha sido capaz de conmover? ¿No será esta la razón por la cual hoy escuchamos voces aconsejando a los jóvenes desistir del intento de estudiar filosofía? Quizá quien así aconseja está en todo su derecho. La enseñanza de la filosofía, actualmente, parece llegar a ser tan paralizante como



*Como se ve, un verdadero maestro debe ser capaz de cantar en diferentes tonalidades, matices, armonías y colores, a la guerra y la paz, al día y a la noche, a la primavera y al otoño, a la serenidad y el horror, a la vida y a la muerte.*

los ojos de la famosa Gorgona Medusa. Tal vez sea este uno de los motivos por los cuales la filosofía no ha dejado de tener sus furibundos detractores.

Aquí y allá hay quienes se manifiestan a favor del cierre de los centros de enseñanza de la filosofía. Los motivos suelen ser siempre los mismos: la poca demanda, los altos precios de mantener un programa, etc., etc., etc., incluso, en ocasiones llegan a ser más prosaicos: la filosofía produce tedio. Así las cosas, para nadie es un misterio que en este momento “existen enemigos de la filosofía; [a pesar de esto] es bueno escucharlos” (Nietzsche, 2000: 35). ¿No será que la enseñanza de la filosofía no nos ha permitido filosofar?, y, lo que es peor, ¿no ha permitido a ésta confrontarse con el mundo? De ahí las preguntas: ¿cuál es “el porvenir de nuestras escuelas” de filosofía?, ¿será posible que “el arpa [mágica de la realidad] se ha rehusado a reconocer su amo”?

## 2

Sea cual sea la respuesta que se dé a estas preguntas, lo cierto es que quien se dedique a enseñar filosofía debe estar preparado para interpretar los más disonantes instrumentos: los de su época, los de su sociedad y los de sus congéneres. Quizá sea esta última labor la más difícil, de ahí la pregunta: ¿no serán “vanos todos los esfuerzos de los que [tratan] de arrancar melodías de sus cuerdas”?, máxime cuando nos es dado vivir en una época “hostil a todo lo que es inútil” o estar subordinados a la tutela de un Estado que “quiere formar lo antes posible a empleados útiles, y asegurarse de su docilidad incondicional” (Nietzsche, 2000: 48).

Sea como sea, lo cierto es que quien enseña filosofía sabe que su quehacer implica siempre un inevitable riesgo, el riesgo de pensar. Esto lo sabía muy bien Nietzsche, el primero al que el destino encomendó la osada tarea de poner en entredicho toda la tradición: “¿Para qué sirve la filosofía... si nos impide... llegar a ser filósofos a nosotros mismos?” (2000: 43). Quien se dedique a la ardua labor de enseñar filosofía debe estar en condiciones de formularse esta pregunta. Es decir, estar en condiciones de dejar que el espíritu se llene de desconcierto, puesto que el corazón no puede dejar de admitir que plantearse un interrogante como este no sólo resulta ser un asunto “serio e importante”, sino, además, tremendamente “inquietante” (Nietzsche, 2000: 31). Dicho en otras palabras, al igual que Nietzsche, estar dispuesto a hacer permanentemente un examen crítico de toda la tradición o, mejor, estar dispuesto a hacer un examen crítico de cómo la tradición, a través de la educación y, en particular, valiéndose de la enseñanza de la filosofía, parece haber acuñado, para nuestra desgracia, en el mejor de los casos, esos vacíos hombres “cultos” del presente.

Pero ¿cuál es ese hombre que ha engendrado la educación y, con esta, la filosofía? Para responder a esta pregunta hay que continuar haciendo una lectura atenta del texto de Nietzsche que nos ha servido de guía; en él, para dar salida a este interrogante, este autor se vale de una fábula en la que dos jóvenes estudiantes son interrumpidos por un viejo filósofo y su discípulo. Los jóvenes le hacen notar al anciano que, quizá, ha sido justo él, un filósofo, el encargado de no permitirles filosofar. A lo que responde el anciano maestro diciendo que es necesario primero

explicarle qué es lo que entienden por filosofar, puesto que, a su entender, esta parece ser una tarea realmente difícil. Los muchachos, visiblemente ofendidos y con cierto aire presuntuoso, no dudan en responder al viejo filósofo: filosofar no es más que “el poder llegar a ser hombres cultos”, la “aspiración universal hacia la cultura” (Nietzsche: 46-47).

Al tiempo que discuten sobre estos asuntos, nada prosaicos, la noche va cayendo sobre el paisaje. Una y otra vez, el viejo maestro argumenta, cual Sócrates, acerca de estos complejos asuntos. Desde su perspectiva, toda la educación, todos los esfuerzos de un pueblo, deben dirigirse a posibilitar la aparición del genio. Para su incondicional discípulo lo anterior es bastante claro –no así para nosotros–. Sin embargo, anota Nietzsche (2000: 52-53) en boca de este personaje, no se debe olvidar que la educación, o bien pretende “extender y difundir lo más posible la cultura”, teniendo como objetivo la utilidad, el burdo beneficio económico traducido en una amplia ganancia, o bien tiene la pretensión de “restringir” y “debilitar” la misma cultura. En los dos casos –afirma categóricamente Nietzsche– se produce el mismo efecto corrosivo.

Por eso, comenta, no hay consecuencia más nefasta para la educación que hacer confluir ambas tendencias. Es decir, una formación en la cual el pensamiento de los jóvenes “cultos” está moldeado por el buril periodista. En síntesis, una instrucción dirigida a los jóvenes mediada por una condición donde “el periódico se presenta incluso en el lugar de la cultura”. De ahí que concluya Friedrich Nietzsche con cierta ironía a través de su personaje: “en el periódico culmina la auténtica corriente

cultural de nuestra época, del mismo modo que el periodista –esclavo del momento presente– ha llegado a sustituir al gran genio, el guía para todas las épocas, el que libera del presente” (2000: 57).

De tal manera resonaban en la espesura del bosque, según Nietzsche, las palabras de aquel veterano filósofo y de su joven discípulo en presencia de aquel par de muchachos. Pero ¿cómo se corresponden estas palabras con la enseñanza de la filosofía actualmente? No se puede negar que ha pasado mucha agua debajo del puente desde el día que Nietzsche escribiera estas palabras. A pesar de ello, si se presta la suficiente atención se notará que algunas de estas reflexiones aún continúan resonando entre nosotros. Y si bien es cierto, hoy resulta problemático hablar de genios, no cabe duda de que la enseñanza de la filosofía en nuestro días, o bien se ha dejado llevar por una tendencia hermética hecha en un lenguaje tan radicalmente oscuro y erudito que a duras penas puede ser descifrado por unos cuantos iniciados, o bien lleva la marca de una tendencia en la cual prevalece la ganancia, tal como ocurre con ciertos divulgadores que terminan siendo proclamados *Best-sellers*. Una tendencia que obedece a las “necesidades” de los hombres “cultos” del presente, formados, en el mejor de los casos, por los telediarios y las telenovelas, es decir, por lo que Friedrich Nietzsche no dudaría en llamar la “cultura del periodismo”.

Vale la pena, para concluir, recurrir a una pregunta inapelable formulada por el propio Nietzsche, “¿Cuánto tiempo [...] durará todavía, en la escuela de nuestra época, semejante actitud cultural?” (2000: 60). Tal vez la respuesta la tenga el propio



*Desde su perspectiva, toda la educación, todos los esfuerzos de un pueblo, deben dirigirse a posibilitar la aparición del genio.*



Friedrich Nietzsche: tan lamentable situación se perpetuará mientras en la escuela se carezca de “talentos realmente inventivos”, mientras no se preste la suficiente atención al bachillerato, puesto que ahí está la base de la depuración y renovación de las demás instituciones educativas, en tanto los jóvenes continúen hablando, escribiendo y opinando con la misma “ineptitud y vulgaridad propias de una época que aprende en los periódicos” (Nietzsche: 64) y, en nuestro caso, de las telenovelas.

Palabras duras, sin duda, y, no obstante, quien se consagra a la compleja labor de enseñar filosofía se tendrá, tarde que

temprano, que enfrentar a esta cruda realidad en el aula. A pesar de esto, y en la medida que el aula de clase es quizá una de las síntesis mejor logradas de la precariedad de nuestra propia época, no se puede desconocer que es también el único sitio en el cual es posible pensar hoy una salida, pues, como ya lo había dicho el poeta Hölderlin: “ahí donde está el máximo peligro, crece lo que salva”. Por eso, el que se dedique a la tarea de enseñar filosofía, al menos en este problemático país, debe ser capaz de enfrentarse a los más duros problemas de su época en un permanente diálogo con la vida. En pocas palabras, deber ser capaz de enseñar a pensar la vida en medio de la tempestad.

## Bibliografía

- ÁVILA, R. (2005): *El desafío del nihilismo*. Madrid: Trotta.
- HEGEL, G. (1978): *Escritos de juventud*. (Trad. Zoltan Szankay y José María Ripalda). México D.F.: FCE.
- HEIDEGGER, M. (1963): “¿Por qué permanecemos en la provincia?” *Revista Eco*, marzo de 1963, N.º 35, tomo VI 5.
- NIETZSCHE, F. (2000): *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. (Trad. Carlos Manzano). Barcelona: Tusquets.
- RANCIER, L. (2002): *Textos de estética taoísta*. España: Alianza Editorial.